

Prólogo a la 5ta. edición

Felipe Zegarra R.

Este libro se reedita a los 24 años del paso de Hugo Echeagaray a la casa del Padre, y a los 23 de la primera edición de este libro tan marcadamente suyo; es decir, tan expresivo de su dedicación a la investigación teológica y de su apertura pastoral a la realidad y las necesidades de los más pobres.

El texto que ahora reimprime el Centro de Estudios y Publicaciones es de gran e inusual actualidad en esta época tan particular para el Perú y los peruanos, en este *kairós* o “tiempo oportuno de salvación” (ver Lucas 12, 56), en que como creyentes podemos y debemos dar pasos decididos para transformar nuestra forma de tratar a todos los habitantes del país y para rehacer nuestra convivencia social, cuando la vida de los pobres y “pobres extremos” –tan numerosos en el país– se sobrecarga para muchos de ellos con la terrible condición de víctimas y sobrevivientes de la violencia asesina.

Hugo Echegaray quiso en las páginas que siguen resumir su búsqueda acerca de la humanidad histórica de Jesús, que él llama también “la humanidad de Dios”, que es al mismo tiempo la revelación de su condición de Hijo del Padre y de su divinidad, manifestada en su actitud frente a la muerte (Marcos 15, 39) y confirmada por su resurrección. Releyendo estas páginas no pude dejar de recordar una expresión muy concisa: “Tan humano, sólo puede ser Dios”. El evangelio de Juan, al hablar de la encarnación del Verbo, lo expresa admirablemente: «A Dios nadie lo ha visto; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él nos lo ha contado» (1, 18).

Hugo buscó dar a conocer, de la manera más precisa posible para el estado de la investigación en aquellos años, el contexto de la predicación y de la acción de Jesús. Sobre ello se ha escrito y profundizado mucho en el último cuarto de siglo, pero sorprende cómo la interpretación teológica que nos ofrece en este libro mantiene su vigencia.

En cierta forma, en nuestro país, donde todo parece cambiar constantemente, pero donde lo fundamental tiene una dolorosa y terca persistencia, encontramos en estas páginas una lectura “de historia a historia”, una visión de los textos evangélicos desde nuestra época. Hugo se manifiesta claramente consciente de las diferencias de contexto que existen entre los autores de los cuatro evangelios y los lectores de hoy.

Gracias a su esfuerzo de estudio y reflexión, podemos comprender que, primordialmente, Jesús opuso al predominio excluyente y abusivo del Templo de Jerusalén y del Imperio Romano, así como de los grupos que usufructuaban

de ellos (las principales familias sacerdotales y los altos funcionarios romanos, respectivamente), el anuncio en palabras y en obras –personalísimo y vital– del Reino de Dios y de la inaudita paternidad de Dios.

El Reino nos es presentado en su íntima vinculación con la práctica de la justicia, entendida ésta como despliegue de la fraternidad y como expresión de la misericordia de Dios y de la superabundancia de su perdón¹.

El Reino aparece, en los labios y las manos de Jesús, como ejercicio de una comensalidad que no tolera acepción de personas, y que ante todo es acoger a los menospreciados –pobres, ciegos, cojos, leprosos–. En efecto, contra el sentido habitual de la palabra, el Reino es comunidad, comunión de Dios con los seres humanos. Nos lo ha enseñado el propio Jesús: «de ustedes es el Reino» (Lucas 6, 20; ver Mateo 5, 3); o bien: «vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la constitución del mundo» (Mateo 25, 34).

El Reino, asimismo, se nos muestra como una realidad universal, que Dios ha abierto y mantiene abierta a todos.

Todo lo anterior lo podemos apreciar en la práctica cotidiana de Jesús, es decir, en su actuación soberanamente libre, y en forma especial en su opción por el pueblo pobre, en su convivencia con él y en su servicio a los débiles o “pequeños”².

1 «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia», o sea, el amor gratuito de Dios (Romanos 5, 12-21).

2 El 25 de septiembre del 2003 –es decir, en la semana en que esto escribo– el Papa se ha dirigido a unos obispos de Filipinas y les ha dicho: «Siguiendo a

El proyecto de Jesús, o, en otras palabras, su personal estilo de vida, es a la vez una invitación a seguirlo, un llamado a ser sus discípulos. Acoger el don del Reino en la propia vida mueve necesariamente a la conversión. Para explicarlo, Hugo privilegia el encuentro de Jesús con Zaqueo (Lucas 19, 1-9), y escribe: «El carácter conflictivo de su decisión [la de Zaqueo] indica la seriedad y consecuencia de la entrada del pobre en su propia vida. Y con el pobre es la salvación la que se hace presente en su casa». Para vivir como cristianos es indispensable la práctica constante de la fraternidad con los hermanos más débiles y postergados; es decir, de lo que desde la Conferencia de Puebla –a la que Hugo Echegaray acudió poco antes de su muerte en respuesta a la invitación de varios obispos– conocemos como “opción preferencial por los pobres”, única opción –como la del Dios que se revela ya en las primeras páginas de la Biblia y en la experiencia del éxodo– que posibilita la inclusión de todas las hijas y de todos los hijos de Dios, la efectiva universalidad.

Finalmente, este libro explica muy bien que la práctica del Reino no es, en modo alguno, imitación mecánica. Por el contrario, Hugo afirma que «Jesús lega a sus discípulos los principios básicos de una práctica alternativa, crítica con respecto al sistema, que es la práctica del reino y base de una vida común en “*ecclesia*”», con lo que aclara que los valores o actitudes que movieron a Jesús han de ser vividos

nuestro Señor, optamos por ser una Iglesia de los pobres», con una preferencia «que abarca a todas las personas» y que es y quiere ser “una Iglesia en la que los pobres son bienvenidos, escuchados e involucrados activamente». Ver la página *web* del Vaticano, fecha indicada.

PRÓLOGO A LA 5TA. EDICIÓN

por cada cristiano desde la propia vocación, con creatividad y libertad espiritual (ver Gálatas 5, 1 y 13).

Lima, septiembre del 2003